

Héroes de la Conquista del Desierto. Muerte del jefe del Regimiento Nº5 de Caballería de Línea Gral. Güemes, Don Estanislao Heredia

Angel Luis Zappa

“Yo soy la abnegación desconocida
Y la pena ignorada
Soy la sangre vertida
Con todo el sacrificio de la vida
Y sin otra ambición en mi carrera
Que un girón de bandera
Que sepulte mis miembros en la nada”.

R. Gutiérrez

Este valeroso oficial, cuya brillante foja de servicios en su largo y duro batallar no tuvo pausa, nació en Catamarca en 1834.¹ Incorporado al Ejército, en mayo de 1857 ocupa su plaza con el grado de alférez en el Regimiento de Granaderos a Caballo, en el campo de Marte (Azul). En 1858, ascendido a Teniente Graduado, se lo destaca al Sur de la provincia de Buenos Aires para repeler a los salvajes del Desierto.

Desde entonces su ardua lucha no tuvo tregua. Se le vio constantemente recorrer la dilatada frontera que se extendía desde Bahía Blanca hasta el Sur de Santa Fe, combatir contra el Paraguay, participar en la campaña contra López Jordán y volver nuevamente a la azarosa vida de fronteras.

Hallóse en el encuentro de Pigüé donde, el 15 de febrero de 1858, integrando las fuerzas mandadas por los Coroneles Nicolás Granada, Wenceslao Paunero y Emilio Conesa, luego de dos días de combate, ponen en fuga a la indiana de Calfucurá, dejando éstas gran cantidad de muertos.

La significación moral de ese encuentro, determinó al Poder Ejecutivo Nacional, a declarar esos campos “Lugar Histórico”, por Decreto num. 30.825 del 10 de diciembre de 1945. Posteriormente participó en el combate de Bahía Blanca, el 19 de marzo de 1859 bajo las órdenes del

Cnel. Nicolás Granada, batiendo las fuerzas del mismo cacique, que se dispersaron en desorden.²

Sostuvo también múltiples encuentros contra los indios ranqueles en la expedición mandada por el Cnel. Julio de Vedia, destacándose en el de la Guardia de la Esquina, librada en la frontera Sur de Santa Fe, el 3 de julio de 1863. Con el grado de capitán, forma parte del Regimiento num. 3 de Caballería de Línea, participando de 1865 a 1869 en la sangrienta guerra del Paraguay. Intervino en las operaciones de pasaje del Río Paraná y en la toma de la batería de Itapirú.

Asistió a las principales acciones de Estero Bellaco, Tuyutí, Curupaití y Tuyá-Cué. En la batalla de Tuyutí, el Regimiento num. 3 de Caballería de Línea del que formaba parte el capitán Heredia, junto con el num.1 de la misma arma, con su valerosa intervención salvaron del desastre a todo el Ejército Aliado, conteniendo una arremetedorá ofensiva de la caballería paraguaya.

Teniéndose en cuenta los méritos logrados en esa campaña, en cuyos combates “se hizo acreedor a las recompensas de la Superioridad”, con fecha 26 de mayo de 1871 fue nombrado Jefe del Regimiento num. 5 de Caballería de Línea Gral. Güemes, con el grado de Tte. Cnel. estableciéndose con su Regimiento en el Fuerte Gral. Paz. En julio del mismo año, marchó con su fuerza a sofocar la rebelión del cacique Manuel Grande.

¹ **Nuevo Diccionario Biográfico Argentino** (consultado en: Academia Nacional de la Historia)

² Piccirilli, Romay y Gianello, **Diccionario histórico argentino** (consultado en: Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata)

En junio de 1872, desde el Fuerte Gral. Paz, se tuvo conocimiento sobre una invasión de indios que había pasado por la izquierda del mismo, por lo que fue dispuesta la intervención de las fuerzas que debían interceptarla.

En esta acción, el Tte. Cnel. Heredia, junto con 20 soldados de su Regimiento, halló una muerte heroica en una celada tendida por los indios del cacique Pincén, entre los Fortines Rifles y San Carlos, el 27 de junio de 1872. Comentando esta acción de guerra, Julio Olivencia Fernández³ expresa "que el valeroso Heredia se adelantó con una vanguardia de 30 hombres en persecución de los bárbaros, ordenando antes a su Segundo, lo alcanzase con el resto de las fuerzas. Pero, ese segundo Jefe cuyo nombre omito por decoro a la familia militar, en lugar de cumplir las órdenes recibidas, contramarchó al Fuerte 'Gral. Paz', abandonando a su Superior y arrojando sobre su nombre, el estigma de la traición más negra e infame.

"Confiado en el apoyo con que podrá contar con las tropas dejadas a retaguardia, encarnizóse en perseguir a los salvajes, cuando al bajar un médano, hallóse de improviso rodeado por toda la indiada de Pincén, que con refinada astucia, le había preparado aquella celada. De temple sereno y valeroso, Heredia no se amilanó y sus soldados electrizados con su ejemplo, dispusieron prontamente a vencer o morir".

El parte de guerra, firmado por el Cnel. Francisco Borjes en su carácter de Comandante de la Frontera Oeste, desde el Fuerte Gral. Paz con fecha 29 de junio de 1872⁴ dirigido al Inspector de Armas de la República, da cuenta: "Que habiéndose descubierto una rastrillada de más de 100 indios entre los Fortines Reunión

y San Luis, se ordenó al Sargento Mayor Santos Plaza que se encontraba en el San Carlos, se corriese con su tropa hacia la izquierda, procurando que se incorporasen 40 infantes del 7° de Línea y 40 indios de Coliqueo a la fuerza de Heredia, ubicada en el Fortín Rifles. También se ordenó a éste correrse hacia la izquierda y ubicarse en el Fortín San Carlos, mientras el Cnel. Nicolás Levalle se ubicaba a la altura de La Verde con el resto de la División, con partidas exploradoras hacia Quenegüin y Laguna del Cura.

"En la mañana del 27 de junio de 1872, todas las fuerzas se encontraban en los puntos señalados, y todo hacía augurar un severo escarmiento a los invasores, pero la fatalidad dispuso lo contrario. El Comandante Heredia que con 112 carabineros se encontraba en el Fortín San Carlos, recibe aviso sobre la proximidad de más de 200 indios y sale a reconocerlos con sólo 30 hombres.

"Luego de recorrer dos leguas, descubre al enemigo que llevaba un arreo de unos 2.000 animales. Comienza la persecución de éstos, pero su pequeña fuerza fue desorganizándose por la precipitación de la marcha, quedando con alrededor de 20 hombres, momento que esperando los indios, y muy superiores en número, se lanzaron sobre él, acuchillándolo con toda la fuerza, salvándose sólo un oficial y un individuo de tropa. Adjunto verá V.S. la lista nominal de las pérdidas sufridas, concluyendo ésta con el sentimiento de anunciar a V.S. este contraste en vez del triunfo que esperaba y cuyo resultado ha sido imposible prever atendido el valor y resaltantes cualidades que adornan a tan distinguido Jefe. Dios guarde a V.S. muchos años". Fdo. Francisco Borjes.

Estanislao Zeballos⁵ hace un vívido y patético relato de lo que fue este sangriento encuentro, basado en la versión dada por el Cnel. Marcelino Freyre, Jefe del 7° de Línea acantonado junto con el Regimiento de Heredia en el Fuerte Gral. Paz, publicado en el diario **La Prensa** en el año 1873, y además, por la información dada por los indios tomados posteriormente prisioneros por el Cnel. Hilario Lagos.

Así se expresa: "200 indios cargaron sobre Heredia con impetuosidad asombrosa. Era de raza de bravos y lo eran también sus soldados, de tal suerte que se entreveraron a sable, lanza y bola. Cuarenta indios habían sido abatidos, pero también caían los veteranos; luego de media hora de combate desesperado, sólo sobrevivían el Comandante Heredia, el Teniente Montes y un trompa de órdenes. Uniéronse los tres en la aspiración de sacrificio sublime, y arremetieron sable en mano para salir del cerco de lanzas que los rodeaba y lo realizaron, matando enemigos, sin ser todavía heridos.

"Pero matar un jefe de importancia y valiente, era para los bárbaros la más grande de las victorias, y se precipitaron con furia indescriptible sobre el grupo de fugitivos. En poco tiempo los cortaron, y mientras algunos perseguían a Montes, el grueso se ensañaba contra Heredia y el

³ Julio Olivencia Fernández, **Apuntes históricos** (consultado en: Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata)

⁴ **Memorias de guerra y marina. Año 1872** (consultado en: Biblioteca del Estado mayor general del ejército)

⁵ Estanislao Zeballos, **Dinastía de los piedras**, Buenos Aires, FAVARO, 1981.

trompa López. El Teniente Montes, logra sacar ventaja al enemigo y en su frenética carrera hacia el Fortín Rifles, oía la voz de sus perseguidores: ¡Matau cristiano! . . . En vano este oficial buscaba con su vista a su Comandante: una polvareda que corría a su derecha le reveló la escena terrible que lo envolvía, alejándolo del Fortín. Picando por última vez su caballo, Montes llega al Rifles, donde sólo había una guarnición de 5 soldados, y allí se detiene, fijando su mirada en la lejana polvareda que ya se disipaba, y mientras derramaba lágrimas, sólo pudo balbucear: '¡El Comandante muere!' Y entonces, el cañón de alarma tronó desde el Rifles a derecha y a izquierda, en 100 leguas de fronteras, como un grito de horror y de amargura". . .

Mientras tanto, en el grupo de indios que perseguían a Heredia, sobresalía uno con mejor caballo, quien logra bolear al que cabalgaba el Comandante. El trompa López echó pie a tierra con abnegación heroica y con su puñal corta las boleadoras, pero Heredia, convencido ya que era inútil huir, prefirió recibir de frente la lanza que amenazaba su espalda. Desmonta y le ordena al trompa que huya, pero este soldado contesta, como reto lanzado a la faz del enemigo: "¡López muere con su Comandante!" Rodeados ambos de 150 lanzas, quemaron sus municiones y rompieron sus espadas, vertiendo sangre enemiga antes de entregar la propia.

El valeroso soldado de Estero Bella-co, Tuyutí, Curupaití, Tuyá-Cué y de tantos combates librados en la Conquista del Desierto, rinde con sus veteranos en la Frontera Oeste, su última cuota de sangre y muere, para entrar en la gloria, a los 38 años de edad. La temeridad demostrada en esa lucha cruel no revela la locura insensata de quien busca su muerte, sino

la bravura del león que, aún herido, se lanza sobre el enemigo, ofrendando su propia vida como sublime sacrificio en cumplimiento del deber.

Los restos de estos mártires descansan en la pirámide, en cuya memoria fue construida, a la entrada de la necrópolis de la ciudad de Nueve de Julio. En su frente, como fiel testimonio histórico de quienes cayeron inspirados en su recta conciencia, fueron grabados sus nombres: Tte. Cnel. Estanislao Heredia; Sargentos: José Molina; Juan L. Herrera; Nicasio Rodríguez y trompa Domingo Contrera; Cabo Hermógenes Bustamante y trompa Tomás Ibañez; cadete Juan Barquisa; soldados: Rufino Maldonado; Ramón Gómez; Narciso Rearte; Silvestre Maciel; Néstor Rosales; Dalmacio Ramos; Juan Castro; Ramón Rodríguez; Gregorio Barsola; Juan Martínez; Ezequiel Caldez; Hilario Lasarte y Crescencio Ortega.

El arrojo, la abnegación y el sacrificio póstumo de Heredia, lo colocan junto a los más prestigiosos Jefes que brillaron en esa larga y cruenta contienda, como los generales Roca, Villegas, Rivas, Arredondo, Racedo, de Vedia, Paunero, Levalle, los coroneles: Boer, Ocampo, Borjes, Leyría y muchos más, cuya lista es demasiado extensa para mencionar.

Con cuánta emoción debemos recordar aquí, aquellas sentidas palabras de Francisco P. Moreno dichas en octubre de 1896:⁶ "Siempre el Ejército Nacional ha sido el eje sobre el cual ha girado nuestra prosperidad. . . ¿Cuándo nuestros escritores militares contarán al pueblo la historia del viejo Fortín más humilde, que habla más alto sobre el cumplimiento del deber que muchas batallas de las que nos enorgullecemos?. Los veteranos de la frontera son para mí, los verdaderos descendientes de la Independencia".

También el inolvidable Eduardo Gutiérrez,⁷ llegó a decir: "Es nuestro soldado de línea el modelo de abnegación militar llevado a su último límite. . . El soldado argentino, tan bravo, tan abnegado, tan sufrido, ha venido a ocupar hoy la primera de los ejércitos sudamericanos. Nadie se ha preocupado de estudiar este tipo de bravura, y nadie sin embargo, más digno de él".

Es que, más allá de los resonantes hechos militares que tuvieron por actores a tan valerosos guerreros, en una gesta aún no debidamente estudiada, encontramos una significación que la posteridad debe recoger con profunda veneración, meditando sobre su trascendencia histórica. Porque en verdad con sus sacrificios y renunciamientos, abrieron la puerta grande por donde penetró el arado para abrir en la Pampa virgen, el surco fecundo que en magnífica simbiosis marcó el progreso nacional.⁸

Dignos herederos de las ejemplares conductas del Gran Capitán de los Andes y del ilustre Gral. don Manuel Belgrano —verdaderos arquetipos de las más excelsas virtudes de la argentinidad y artífices del Ser Nacional— aquellos heroicos pala-

⁶ Luis M. Raone, **Los fortines del desierto** (consultado en: Archivo histórico de la provincia de Buenos Aires)

⁷ Eduardo Gutiérrez, **Croquis y siluetas militares. El soldado de línea**, Buenos Aires, Hachette, 1960.

⁸ Por Decreto num. 89 del Poder Ejecutivo de la Nación (13 de julio de 1982) se ha declarado monumento histórico a la Pirámide que se alza a la entrada del cementerio de la ciudad de 9 de Julio de la Provincia de Buenos Aires, que guarda los restos del Teniente Coronel Estanislao Heredia y de veinte soldados.

dines ofrendaron con prístina conducta, sus mejores valores que en síntesis fueron: patriotismo, trabajo, honestidad, austeridad, humildad y sentido cristiano de la vida, expresión cabal de un pueblo que en su momento demostró un propósito de grandeza, pilar esencial de una gran Nación.

Empero, justo es también reconocer que esta noble y fecunda acción se vio a su vez complementada por la silenciosa labor misionera de jesuitas, mercedarios, franciscanos y salesianos: era la Falange de Cristo Rey y de la Virgen María que, invencible, avanzaba con la Cruz; la nueva aurora cuya luz sembraba la semilla del Evangelio y debilitaba la resistencia opuesta por el indígena, quien una vez convertido, pudiera cumplir dentro del orden natural y divino, su destino trascendente. De este modo se sellaba la unidad espiritual de la Nación. Fue el triunfo de la Verdad en Cristo.

Oportuno es recordar las palabras de Juan Bautista Alberdi: "La Religión es la base de toda Sociedad y debe ser el primer objeto de nuestras leyes fundamentales. . . La religión Católica es el medio de educar a las poblaciones de América. . . Es la única medicina que puede curar a la República Argentina. Es un bálsamo que cura lentamente; será preciso pues, inyectarlo en la sangre desde la infancia". Porque, justo es decirlo, así nació la Patria; así se conquistó, y así se consolidó; con la Espada y con la Cruz. De por sí, aunque parezca paradójico, la espada en su empuñadura también lleva una cruz. . .

En la hora de la justicia póstuma, es nuestra obligación no borrar de la memoria, la eterna gratitud que le debemos a quienes supieron defender a esta tierra, exponiendo sus vidas en resguardo de nuestros derechos soberanos, y de elegir

los tipos representativos de las más altas virtudes humanas, para convertirlos en elementos objetivos de enseñanza.

Por amor a la Justicia y la Libertad, debemos cumplir el mandato que nos viene desde el más allá, que nos ordena defender y honrar la heroica Tradición forjada en el holocausto de nuestros mayores, cuyos actos y méritos personales, exhumados de la penumbra de la Historia, deben ser suficientemente esclarecidos en los programas de enseñanza. Será la savia generosa que colmará los espíritus de las jóvenes generaciones sedientas hoy más que nunca de Verdad, y, también, el mejor antídoto contra las falsas ideologías esclavizantes ateo-marxistas-leninistas empeñadas en sembrar la confusión de los espíritus.

No puedo prescindir en tales programas de su estudio profundo, porque: El "Serás lo que debes ser o no serás nada", del Padre de la Patria, adquiere en la dimensión moral de estos hombres, relevancias tan singulares, que los coloca como paradigmas de la argentinidad, para levantar con su ejemplo de gigantes esta alicaída Argentina.

Pongamos especial énfasis en las monitoras palabras de Nicolás Avellaneda: "Los pueblos que olvidan sus tradiciones pierden la conciencia de sus destinos, mientras que aquéllos que se apoyan sobre sus tumbas gloriosas, son los que mejor preparan su porvenir".